

EL CRIOLLISMO COMO CANAL DE VISIONES CRÍTICAS SOBRE LA HISTORIA ARGENTINA (DESDE EL MARTÍN FIERRO HASTA C. 1945)

CRIOLLISMO AS A CHANNEL FOR CRITICAL VISIONS ABOUT ARGENTINE HISTORY
(FROM MARTÍN FIERRO TO C. 1945)

Ezequiel Adamovsky¹

Palabras clave *Resumen*

Criollismo, Desde sus inicios hasta su declive como fenómeno de circulación masiva (hacia
Revisionismo, 1945), el criollismo ofreció un marco propicio para la formulación de miradas
Historia argentina, críticas respecto de las narrativas de la historia nacional que difundía el sistema
Etnogénesis escolar. Relevando un amplio corpus documental, que incluye literatura
popular, canciones, obras de teatro e historietas de temática gauchesca, este
trabajo muestra el modo en que la romantización del gaucho se combinó
con la reivindicación de las montoneras federales y de algunos caudillos y con
la condena de algunos episodios como la Conquista del desierto o la Guerra
del Paraguay. Vector de memorias populares y productor de nuevas visiones
sobre el pasado, el criollismo es analizado aquí respecto de su capacidad
de otorgar sentido a la experiencia popular y en cuanto a sus posibles
relaciones con el "revisiónismo histórico" generado en el campo intelectual,
concluyendo que se trata de un fenómeno cultural previo e independiente.

Recibido

18-5-2016

Aceptado

15-12-2016

Key words *Abstract*

Criollismo, From its inception to its demise as a mass-culture phenomenon (c. 1945), the
Revisionism, *criollismo* offered a fertile soil for criticism of state versions of Argentine history,
Argentine history, as they were taught in schools. Drawing from a range of sources –including
Ethnogenesis dime novels, songs, theatre plays and comic strips–, this article shows that
romantic celebrations of the *gauchos* often appeared in combination with the
vindication of 19th century Federal party warriors and *caudillos*, and with the
condemnation of certain episodes such as the indigenous peoples extermination
and the war against Paraguay. As vector of popular memories and producer of
new visions of the past, *criollismo* is analyzed in regard to its capacity to make
sense of lower class experience and also regarding its possible connections
with the historians school that presented "revisionist" views of the past in the
1930s, concluding that they must be considered independent phenomena.

Received

18-5-2016

Accepted

15-12-2016

1 Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de San Martín / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. Correo: e.adamovsky@gmail.com. Agradezco a Mirna Capetich, Fabiola Orquera, León Pomer y Diego Rosemberg por haber compartido sus conocimientos para mejorar este trabajo.

A partir de la década de 1880, se difundió en Argentina un discurso “criollista” por el cual los gauchos fueron presentados como depositarios privilegiados de lo nacional. Transmitida por cantores populares y a través de una novedosa literatura de consumo masivo, pronto también en el circo, el carnaval y el teatro y luego en el cine, la radio y la historieta, la galería de personajes que el discurso criollista presentaba cautivó al público. La historia de Juan Moreira, un gaucho injustamente perseguido que se rebeló ante las autoridades funcionó como modelo para decenas de relatos similares que alcanzaron enorme circulación. Los elementos de crítica social propios del criollismo son bien conocidos (Prieto 2006). Sin embargo, menos atención merecieron las visiones sobre la historia argentina que en él se hicieron presentes. En este trabajo analizaré el criollismo –desde sus inicios hasta su declive como fenómeno de circulación masiva hacia 1945– como productor de miradas divergentes sobre el pasado y como posible vector de memorias que estaban en disidencia respecto de las narrativas sobre la historia que difundía el sistema escolar.

EL GAUCHO MATRERO Y EL MONTONERO FEDERAL: CONTIGÜIDAD Y ANALOGÍAS

La narrativa que propuso Bartolomé Mitre, fundador de la historiografía argentina, otorgaba un protagonismo central, en la gesta de la independencia y en el progreso nacional, a la burguesía y a los políticos de Buenos Aires. En cambio, el espacio rural y el *interior* aparecían como sitio del localismo estrecho, del atraso y de una democracia turbulenta que sólo encontraría canalización gracias al impulso porteño. Los caudillos del partido federal (enemigos de los unitarios a los que Mitre ensalzaba) aparecían o bien ignorados, o bien considerados en términos muy negativos. Algunos historiadores cuestionaron parcialmente este relato en vida de su autor. Sin embargo, mantuvo una influencia perdurable en el sistema escolar al menos hasta mediados del siglo xx. Ese influjo se vio reforzado por las poderosas imágenes que aportó Domingo F. Sarmiento, quien explicó la historia argentina como una lucha entre “civilización” y “barbarie” en la que las clases letradas (especialmente las porteñas) y lo europeo representaban el polo positivo, y las clases plebeyas criollas, el espacio provincial y los caudillos federales (en especial Juan Manuel de Rosas), el negativo. Sarmiento gozó de una influencia determinante en la escuela, reforzada por autores que escribieron en su línea. De este modo, no sólo Rosas sino también caudillos como José Artigas, Estanislao López, Francisco Ramírez, Facundo Quiroga, Ángel Vicente “Chacho” Peñaloza (y por supuesto sus huestes montoneras) aparecieron como los villanos de la historia nacional (Buchbinder 2005).

La romantización del gaucho matrero que produjo el criollismo entraba implícitamente en tensión con esa narrativa. Como decía la presentación de propósitos de una revista criolla en 1904, se trataba de “revivir en la memoria del pueblo el recuerdo de aquellos antiguos gauchos que con sus patrióticos hechos llenaron más de una página en la historia

de este glorioso suelo americano”.² Uno de los rasgos menos atendidos del criollismo es, de hecho, el modo en el que las historias protagonizadas por gauchos matreros aparecieron conectadas con las figuras del montonero y del caudillo federal. En verdad, Sarmiento había planteado esa conexión décadas antes. El “gaucho malo” constituía, para el sanjuanino, la base social de las montoneras federales. Cuchillero, errante, cantor, temerario y siempre enfrentado a la justicia: los rasgos que caracterizaban al arquetipo del “gaucho malo” en el *Facundo* eran muy similares a los que más tarde le asignaría la literatura criollista. El propio Facundo Quiroga era descrito en ese libro como uno de esos “gauchos malos” típicos de las pampas (Sarmiento 1982, pp. 69-73, 98, 139, 165, 180). Por su romanización de la figura del matrero y su vinculación con montoneros y caudillos –ellos también reivindicados–, el criollismo ponía de cabeza ese núcleo de la narrativa sarmientina.

En un sentido muy amplio, podría decirse que esa conexión, con su valoración positiva, estaba ya presente en la época de la poesía gauchesca. Aunque tanto federales como unitarios publicaron en la primera mitad del siglo XIX textos gauchescos en apoyo de sus partidos, fueron los federales los que con mayor éxito buscaron asociarse a la voz del gaucho, convertido en prenda de la autenticidad local y popular de su causa (por contraste con el carácter elitista y extranjerizante que atribuían a los unitarios) (Acree 2013, pp. 21-82). No casualmente la que es considerada obra “bisagra” entre el período de la gauchesca y el de la literatura criollista, el *Martín Fierro*, fue escrita por un federal conspicuo como José Hernández. La literatura y el teatro criollista reforzaron esta conexión de tres maneras: la contigüidad, la analogía y la reivindicación abierta. En referencia a la primera, llama la atención la frecuencia con la que los escritores de narraciones de gauchos para consumo popular fueron, al mismo tiempo, autores de textos sobre caudillos y montoneras. Eduardo Gutiérrez, el fundador del género, es por supuesto un buen ejemplo. Entre sus obras, se cuentan no sólo las famosas dedicadas a matreros –*Juan Moreira*, *Hormiga Negra*, *Juan Cuello*, *Pastor Luna*, etc.– sino también varios folletines sobre la época de Juan Manuel de Rosas o las hazañas del caudillo Ángel “Chacho” Peñaloza y sus seguidores. A su vez, los autores que, hasta la década de 1940, reversionaron las historias gauchescas de Gutiérrez también solieron incluir nuevas versiones de su serie sobre el Chacho o historias sobre otros caudillos. Entre los más prolíficos, estuvieron Eladio Jasme Iñeson (1894, 1897, 1900), Silverio Manco (1924 y s/f a, b, c, d y e) y Bartolomé Aprile (1935 y s/f a). En todos estos casos, las historias referidas a caudillos y montoneros aparecían no sólo firmadas por las mismas plumas sino como parte de las mismas colecciones de libros baratos. Gutiérrez publicó las suyas en las editoriales Tommasi y Maucci (que también editaron sus historias de matreros), Iñeson vio aparecer sus versiones de la vida del Chacho en la Biblioteca Gauchesca, mientras que Manco y Aprile imprimieron con las firmas Alfonso Longo y Alfredo Angulo / Colecciones Gauchas respectivamente, especializadas en literatura criollista. La cercanía entre las historias de matreros y caudillos que ofrecían estas editoriales se veía

2 *La Enramada*, n.º 1, 14/8/1904, s/p (Editorial).

reforzada por las portadas que elegían para ellos, habitualmente ilustradas con imágenes impactantes de gauchos matando o muriendo, en las cuales la escena en la que caía Moreira y la de la muerte del Chacho parecían indistinguibles (fig. 1).



Fig. 1. Un Chacho “gaucho” (izq.) y el matrero Barrientos (der.), ambos enfrentando a los militares en las portadas de una popular colección gauchesca de la década de 1910. Colección del autor.

La analogía que sugería la inclusión de historias de caudillos como parte de colecciones “gauchescas” aparecía a veces planteada de manera explícita. En *Los Montoneros*, luego de elogiar la nobleza del Chacho y de fustigar a quienes le dieron muerte, Eduardo Gutiérrez reflexionó:

Así como Juan Moreira jugaba en nuestra campaña con las autoridades de la Provincia peleando y venciendo las partidas más fuertes que salían en su persecución, Chacho provocaba de igual a igual al Gobierno de la Nación, poniendo en conflicto los ejércitos que éste enviara en su busca para destruirlo. (Gutiérrez s/f b, p. 165)

Así, Gutiérrez presentaba al lector dos héroes trágicos envueltos en injusticias análogas, ambos peleando contra un Estado injusto que los empujaba a la rebelión y luego les quitaba la vida a traición. Por su parte, Silverio Manco también describió a los montoneros del riojano como “gauchos valientes” de “anhelos justicieros”; el propio Chacho se le aparecía como “el Santos Vega riojano” (Manco s/f b; s/f e, p. 93).

Para comienzos del siglo xx, la analogía parece haber sido compartida al menos por algunas de las personas de clases modestas que por entonces se lanzaron a fundar “centros criollos” en Buenos Aires. Uno de ellos, fundado en 1902, eligió llamarse Los Montoneros del Llano (Vega 1981, pp. 52-54). En décadas siguientes, la exaltación de la figura del montonero se volvería frecuente en las revistas y en los libros baratos de temática criollista (Goycoechea Menéndez 1911, s/p; Alonso y Trelles 1926, pp. 80-82; Molina Massey 1924; Pérez Cuberes 1943, pp. 33 y 46; Roldán Cobos 1944, p. 16; Rodríguez 1954).

Fuera de los formatos impresos, la conexión entre el gaucho y el federalismo también se hizo presente. En el teatro, como veremos, hubo bastantes. En la música folklórica también, especialmente en la actuación del sanjuanino Buenaventura Luna, tanto como compositor como por los exitosos programas de radio que desde 1937 condujo en Buenos Aires. Las producciones de Luna combinaban la reivindicación del gaucho bonaerense con evocaciones de otras figuras de lo criollo, incluyendo la del montonero. En algunos de sus relatos, sus personajes rememoraban con nostalgia “el tiempo ‘e la montonera”, “los tiempos del Guayama y la Chapanay” o los “del Chacho y Juan Facundo” (Luna 1937). Sin embargo, evitó reivindicar a los caudillos, exaltando, en cambio, a las huestes gauchas que los acompañaban, convertidas en símbolo de la resistencia criolla frente a los designios de la élite. La figura del “montonero” (especialmente el sanjuanino) aparece romantizada en varias de sus canciones e incluso “El Montonero” es el nombre del protagonista que combatía las injusticias de los ricos en un melodrama gauchesco que Luna esbozó para la pantalla del cine, que nunca llegó a filmarse (Gallardo Valdéz y Peluso de Grossi 1962, pp. 86-87; Semorile 2008, p. 89; Semorile 2006, pp. 350-53). Su milonga *Soy matrero* también combina ambos motivos, con un criollo actual con la mirada puesta en el ayer: “Yo reculo hacia el pasau / incivil y montonero; / prefiero arriesgar el cuero / peliando a brazo partiu, / mas no ver que himos perdiu / de gauchos la condición: / ¡Y aguantar que a la nación / gringos la hai-gan invadiu!” (Rovira 2006, pp. 217-18). La romantización del montonero podía hallarse también en otras composiciones populares de los años treinta y cuarenta (Aprile y Sierra s/f, p. 62). *La vuelta del montonero*, un poema gauchesco de 1942 del entrerriano Claudio Martínez Payva, un prominente dramaturgo y autor criollista, fue convertido poco después por Antonio Benítez en una popular milonga, luego grabada por artistas como Jorge Cafrune (en estilo campero) y Aníbal Troilo (en tiempo tanguero) (Martínez Payva 1942).

Cabe destacar que, como ha mostrado Matías E. Casas (2015), al menos hasta mediados del siglo xx, las nociones de historia difundidas a través del sistema escolar entraban en colisión con las visiones que hemos analizado hasta aquí. Los manuales escolares asociaban a los gauchos con el atraso o la inestabilidad del país en el período postindependentista. Algunos de los que decidían pintarlos con tonos más positivos, sin embargo, hacían esfuerzos por plantear que no debía asociárselos al fenómeno de las montoneras, del que eran enteramente ajenos.

ROSAS: CONDENAS Y REHABILITACIONES

A diferencia del “revisionismo histórico” que se difundió desde círculos intelectuales, en el criollismo popular las evocaciones positivas del federalismo no se centraron en la figura de Rosas. De hecho, los autores del género tuvieron mayoritariamente una mirada condenatoria. Eduardo Gutiérrez le dedicó al caudillo un largo folletín, recopilado en cuatro extensos volúmenes de la serie Dramas del Terror. En estas narraciones, Rosas aparece como un “funesto tirano” de “crímenes bestiales”, mientras que los unitarios son elogiados por su defensa de la libertad (Gutiérrez s/f e, p. 5; s/f f, pp. 5 y 332). Aunque la conexión con los héroes gauchescos podía estar sugerida por el hecho fortuito de que el padre del “noble paisano Juan Moreira” se había destacado como mazorquero a las órdenes de Rosas (Gutiérrez s/f f, p. 257), estas obras no sugerían ninguna ligazón esencial e inevitable entre el caudillo y los gauchos. Por el contrario, uno de los más recordados héroes de Gutiérrez, Juan Cuello, fue un gaucho cantor que se había destacado en la lucha contra la mazorca. En la novela, Cuello muere fusilado lanzando injurias contra el tirano y sus partidarios (Gutiérrez s/f i). Algunos de los más prolíficos escritores criollistas reversionaron luego estas historias de Gutiérrez, manteniendo la mirada sombría sobre Rosas (Igleson s/f c y 1893; Rolleri 1896; Abaca s/f b; s/f c; s/f d). Y la historia del gaucho unitario Juan Cuello siguió circulando intensamente: hasta 1948 se publicaron al menos diecinueve nuevas versiones. A todo esto habría que sumar otras obras originales de autores criollistas que criticaron con dureza a Rosas (Hidalgo 1897, pp. 26-28; Iglesias s/f d; Roberto s/f; *Vida y fusilamiento...* 1901; Ezeiza s/f, pp. 72-75). Todavía en los años treinta y cuarenta los cuadernillos que componían las Colecciones Gauchas de Alfredo Angulo traían en su contratapa una publicidad en la que se elogiaba al gaucho por haber combatido “el gobierno de barbarie de Juan Manuel de Rosas” (en Aprile 1940). En el teatro, un destacado dramaturgo de temática gauchesca como Claudio Martínez Payva montó en 1932 su obra *La pulpería de la mazorca*, protagonizada por un gaucho heroico que combatía contra el tirano Rosas (Martínez Payva 1932). En la radio porteña, se emitieron, luego de 1932, varios programas tradicionalistas que evocaban la tiranía de Rosas en los tonos más sombríos. Incluso la figura de Juan Cuello fue llevada al radioteatro. Como ha demostrado Lauren Rea, esas emisiones retomaban las visiones del liberalismo historiográfico y entraban en discusión implícita contra las que promovían los revisionistas (Rea 2013).

Así y todo, entre los autores de temática criolla, hubo también algunos ensayos de reivindicación. Un *Compendio de la vida de Don Juan Manuel de Rosas*, publicado en 1906 como parte de la Biblioteca Criolla, pintaba al caudillo de manera ambivalente. No olvidaba “la ignominia y el pasado sangriento”, pero los atribuía a la mazorca antes que a su líder. El autor anónimo se ocupa de destacar que Rosas “bueno fue con el pobre / que si le faltó un cobre / él se lo supo brindar”. Por ello, llama a olvidar sus pecados y a “consagrar al templo / del museo nacional / un pensamiento quizás / ol-

vidado por el tiempo” (*Compendio de la vida...* 1906, pp. 25-27). Pero la reivindicación más notable, por sus contenidos, es la que produjo poco después Aureliano Vasconcelos. Autor atípico dentro del canon criollista, Vasconcelos era puntano, descendiente del patriciado de San Luis, con actuación como militar antes de dedicarse a escribir historias gauchescas. Algunas de ellas parecen haber tenido amplia difusión, a pesar de que las publicaba fuera de las colecciones de cuadernillos especializadas en el género. En 1911, publicó un diálogo en versos gauchescos entre dos viejos criollos que se quejan de la proliferación de “gringos”, a los que además se les daba un trato mejor que el que recibían nativos como ellos. Lamentan que se busque “sustituir” la población local por la “importada” y comparan su situación con la que sufrieron los indios en décadas previas, desplazados de sus tierras por los criollos, igual que hoy son éstos corridos de las suyas por los gringos. Sintiendo desprotegido, uno de ellos exclama (en referencia a Mitre): “¡Ah, si Don Bartolo viviera, / no tendrían la ocasión!” (Vasconcelos 1911, pp. 11-35). Dos años después, Vasconcelos volvió a publicar su diálogo con ligeras modificaciones. Esta vez, uno de los criollos se queja de que la Argentina se haya convertido en una “Provincia de los ingleses” y refiere: “De ese Rosas tan mentao / que tanto azota la Historia, / yo bendigo su memoria, / pues jué gaucho y no letrao. / Pero al fin su gobernao, / comparado con el presente, / si me permite la gente / yo largaré mi opinión, / y confieso en la ocasión, / que temo al inteligente” (Vasconcelos 1913, pp. 19 y 74). Finalmente, en 1921, Vasconcelos publica una nueva versión del mismo diálogo, con una interesante modificación. El nombre de Rosas reemplaza al de Mitre en la mencionada exclamación nostálgica, que ahora dice: “¡Ah, si Don Rosas viviera, / no tendrían la ocasión!” (Vasconcelos 1921, pp. 57-73). Así, la figura de Rosas es evocada como gaucho y protector de los criollos, frente al cosmopolitismo y el imperialismo inglés. En 1916, uno de los más prolíficos poetas criollistas, Francisco Aníbal Riu, dedicó uno de sus poemas íntegramente a Rosas, en el que incluyó los siguientes versos:

Yo no sé si al oprobio te condena el pasado
o te absuelve el futuro, cuando al paso extranjero,
truena glorias nativas el cañón de Obligado
cual si hablase la patria con su lengua de acero.
(Repr. en Soler Cañas 1967, p. 15)

En las décadas de 1920 y 1930, no era extraño encontrar en medios criollistas ese tipo de reivindicaciones de Rosas como defensor de la patria. En 1928, el periódico *El Nativo*, órgano de los radicales rosarinos, propuso cambiar el nombre de la calle Ramón Falcón por el de Juan Moreira, merecedor del homenaje por ser el exponente del gaucho que defiende a cuchillo su libertad amenazada. Entre las justificaciones del caso, el periódico comparó al matrero mítico con Rosas, “el hombre que con más ahínco defendió la soberanía de la república”.³ En la década siguiente, se destacaría Bartolomé Aprile por su abierta reivindicación del patriotismo de Rosas (Aprile 1935),

3 *El Nativo*, n.º 6, 10/11/1928, p. 3; ver tb. n.º 13, 5/1/1929. Agradezco a Martín Müller y Oscar Videla por facilitarme esta revista.

igual que Apolinario Sierra en los años cuarenta (Sierra 1948, pp. 3-4). La figura del caudillo también comenzó a utilizarse como emblema asociado a la cultura gauchesca que se buscaba exaltar. Uno de los cuadros que se representaron como parte de la gran “fiesta criolla” que organizó en 1931 el Museo Colonial de Luján, entre medio de jinetes en chiripá, fue el de Juan Manuel de Rosas.⁴ Dos años más tarde, una importante revista tradicionalista elogió la pintura *El Poncho Rojo*, de Cesáreo Bernaldo de Quirós, por haber capturado fielmente, en el cuerpo de “un montonero de la época de Rosas”, el espíritu de la “raza gaucha” que representa a la nación argentina.⁵

Pero fue en el teatro donde se produjeron las reivindicaciones más resonantes. A mediados de la década de 1920, existía una “Compañía criolla argentina de comedias, pochades y sainetes ‘Juan Manuel de Rosas’”, que salía de gira por las provincias con obras de diverso tipo, incluyendo gauchescas.⁶ En 1928, un dramaturgo que frecuentaba la temática gauchesca, Alberto Vacarezza, puso en escena en Buenos Aires un sainete ambientado en 1840, *El cabo Rivero*, cuyo protagonista –dotado de todos los atributos del gaucho ficcional– se declaraba ferviente federal y partidario de Rosas, a quien describía como defensor de los criollos contra los extranjeros (VACAREZZA 1928). Semanas más tarde, José Antonio Saldías, conocido también por sus obras de temática gauchesca, montó en un teatro porteño su *Romance federal*, una evocación de los tiempos de Rosas inspirada en la obra de su padre, Adolfo Saldías, el historiador que había iniciado la revisión de la época del caudillo. La obra se abría con un recitado que marcaba el tono: Rosas, se decía allí, “peleó contra el extranjero invasor del unitario aliado, haciendo que luciera soberano en nuestro suelo, el argentino sol”. Por ello la reivindicación era debida: “Dejemos de lado la apasionada fábula fraguadora de manuales de Historia donde la juventud desde que empieza a leer aprende a odiar el nombre de Rosas”. Y concluía diciendo: “Sostengo que debe revisarse nuestra historia” (Saldías 1935). La obra se transformó en un éxito de público y de crítica. Los diarios fueron en general elogiosos. *La Nación*, *Crítica* y *La Vanguardia*, sin embargo, deploraron que buscara reivindicar al tirano.⁷ Cuatro años más tarde, Félix Alberto de Zabalía montaba un *Ensayo Federal*, con una visión similar (Zabalía 1936).⁸

Finalmente, una de las primeras historietas gauchescas, *Cirilo, el audaz* (1939-1944), era protagonizada por un gaucho alzado que se identificaba con el federalismo. Sobre los unitarios decía: “Nos llaman la chusma porque somos criollos puros y patriotas. Para estos tipos cualquiera cosa que tenga sabor a gringo ya es mejor que lo nuestro”. El propio Rosas aparece en la tira y es objeto de simpatía (Gociol y Rosemberg 2000, pp. 290-94).

4 Una gran fiesta criolla en Luján, *Nativa*, n.º 95, 30/11/1931, s/p.

5 *Nativa*, n.º 116, 31/8/1933, tapa.

6 Agradezco a Mirna Capetnich esta referencia (hallada en *La Voz del Chaco*, 27/10/1925).

7 Críticas aparecidas el 18 y 19 de mayo, recopiladas en Archivo Argentores.

8 *Crítica*, 14/4/1932. Archivo Argentores.

CAUDILLOS REIVINDICADOS

Más allá de estos ejemplos, los autores del criollismo tendieron a evitar a Rosas como columna sobre la cual apoyar una mirada positiva hacia el pasado. La conexión con los héroes gauchos se buscaba más en el nivel de los montoneros que en el de sus caudillos. Sin embargo, algunos de ellos merecieron reivindicaciones más enfáticas. El que ocupa el lugar central en este sentido es el Chacho Peñaloza. Desde muy temprano el asesinato del Chacho fue utilizado por plumas de simpatía federal (o simplemente opuestas al gobierno de Mitre, como la de Juan B. Alberdi) para denunciar la brutalidad de las élites dirigentes porteñas. Antes de escribir su *Martín Fierro*, José Hernández –quien apoyaría el alzamiento jordanista, último estertor del federalismo– publicó *Rasgos biográficos del General D. Ángel V. Peñaloza* (1863, reeditado en 1875). El texto exaltaba al riojano contra el “insulto y la calumnia”, describiéndolo como un verdadero patriota. Luego de detallar su valentía y sus hazañas militares, argumentaba que el Chacho, tras haber colaborado con la organización nacional, se vio forzado a convertirse en líder de la “resistencia heroica” de las provincias, violentadas por Mitre (a quien se hacía responsable de su asesinato, con la complicidad de Sarmiento) (Hernández 1875).

La potencial analogía entre la vida del caudillo riojano y la del matrero perseguido que Hernández imaginó el mismo año se actualizaría poco después, como vimos, en la pluma de Eduardo Gutiérrez. Éste dedicó uno de sus folletines más largos a la figura del Chacho, recopilados desde 1886 en cuatro extensos volúmenes (Gutiérrez s/f a, b, c, d). La comparación con los gauchos de ficción aparece en la primera página del que abre la serie: el Chacho “era un Juan Moreira, en otro campo de acción” (Gutiérrez 1960, p. 69). Generoso y bueno, combatía contra “las injusticias del Gobierno” y “por el pueblo, por sus libertades y por los derechos que creía conculcados”. Gutiérrez describía al Chacho como noble y civilizado y a las fuerzas porteñas como “verdaderas hordas de bárbaros” que marchaban degollando a los paisanos y vejando a sus mujeres (Gutiérrez 1960, pp. 71-74). Pero a diferencia de Hernández, Gutiérrez describió el brutal asesinato de su héroe sin sugerir que Mitre o Sarmiento fueran sus responsables. Es importante destacar, asimismo, que no hacía extensivas las virtudes del Chacho a otros líderes federales; Rosas, Facundo Quiroga y otros caudillos, por caso, aparecían pintados con los tonos más sombríos (Gutiérrez s/f d, 5-6).

Como ya señalamos, los más prolíficos autores de historias gauchescas –Eladio Jasmone, Silverio Manco y Bartolomé Aprile– versificaron las narraciones que Gutiérrez dedicó al Chacho en líneas muy similares a las del original. Para el primero, el caudillo era un “libertador del pueblo”: “Por la justicia luchaba / y la igualdad proclamaba / con su gente por el llano” (Jasmone 1897, pp. 5 y 29); en ello también coincidía Manco (1924; s/f a). Ya en los años treinta, Aprile indicó de manera explícita que su propósito era “reivindicar para el gran caudillo riojano la verdadera memoria que merece” (Aprile s/f a, p. 3). Todavía en la década posterior, una editorial especializada en libros gauchescos económicos editó un nuevo poema dedicado al “incansable guerrillero y

valiente patriota”, en el que se representaba un Chacho “gaucho” y afecto a las peleas a cuchillo en las “pulperías”. El caudillo aparecía allí como el campeón del “pobre gaucho sufrido”, “mártir del pueblo”, víctima de quienes “se fingían civilizadores viejos”, como Mitre, pero terminaron actuando con la peor “barbarie” (para esta última paradoja el autor se apoyaba en la autoridad de Alberdi; el volumen, además, reproducía una conocida elegía que el poeta federal Olegario Andrade había dedicado al caudillo en 1870) (Brancatti 1949). Fuera de los formatos impresos, la figura del Chacho también fue reivindicada en los años treinta y cuarenta; en teatro, en la obra de Ernesto Marsili *La mujer del Chacho*, estrenada en Buenos Aires en 1930, escrita sobre la base de relatos de Hernández y Alberdi.⁹

Otros caudillos también merecieron reivindicaciones criollistas. Igneseon compuso, a fines de siglo, un elogio de Manuel Dorrego (Igneseon s/f b), mientras que Manco hizo lo propio con Justo José de Urquiza y Nazario Benavidez (Manco s/f f y s/f c) y F. C. Monroy con “el gaucho” Estanislao López (Monroy 1888). Por su parte, José Antonio Saldías estrenó en 1919 en Buenos Aires *La montonera*, pieza histórica sobre la vida del caudillo entrerriano Francisco Ramírez, en la que montoneros de habla gauchesca encarnan el patriotismo verdadero. La obra, que tuvo gran éxito, termina con la melodramática muerte del caudillo que evoca la de los matreros de la ficción (Saldías 1919). De hecho, una de las críticas que mereció la pieza destacó que el personaje de Ramírez no era otra cosa que “el gaucho hecho héroe por amor al terruño”.¹⁰ Al mismo caudillo dedicó otra obra Juan Mirás en 1928, en la que también eran protagonistas los patriotas montoneros (Mirás 1928). El mencionado poema de Martínez Payva también rememoraba a Ramírez.

En cambio, Facundo Quiroga motivó miradas menos unánimes. Los escritores criollistas tempranos le dedicaron varias obras, en las que tendieron a reproducir la imagen sarmientina, pintándolo como un tirano (Hidalgo s/f a; Igneseon s/f a; Gauchito s/f). Algunas obras de teatro también siguieron ese camino (Gancedo 1907; Pelay 1920). Pero posiblemente por la influyente reivindicación del caudillo que publicó el historiador David Peña en 1906 (Peña 1953), aparecieron, luego de esa fecha, algunas visiones parcial o abiertamente reivindicativas. El propio Peña –quien se destacaba también como dramaturgo– estrenó su versión de *Facundo* para los escenarios en un importante teatro porteño. A pesar de su autor –que los detestaba– la escena de la muerte de Quiroga no podía dejar de evocar los dramas gauchescos entonces en boga (Peña 1918). Otro conocido dramaturgo, Juan A. Caruso, puso en escena en 1924, también en Buenos Aires, otra versión de la vida del caudillo de tintes igualmente románticos. La obra tuvo gran éxito, lo que motivó a un crítico a deplorar que se quisiera reivindicar al caudillo y “adornar la siniestra figura del ‘montonero’ con las virtudes legendarias

9 *La Escena*, n.º 655, 15/1/1931. En la radio, una de las principales estaciones porteñas le dedicó un audición entera en 1942, sobre un texto de Héctor Pedro Blomberg (quien también hacía guiones gauchescos); *Sintonía*, n.º 426, 22/7/1942, p. 61.

10 *La Época*, 18/9/1919 (Archivo Argentores).

del gaucho” (Caruso 1924, p. 2). Un diario de la época coincidió en que se había hecho del caudillo “el prototipo del gaucho: bravío, impetuoso, justo, audaz, generoso, enamorado, etc.”.¹¹ Por esa época, algún que otro articulista de las revistas criollas y cuadernillos de venta popular comenzó a narrar la historia de Quiroga en tonos más neutrales, incluso positivos, asociándolo a la figura del gaucho (Salvatierra 1912; Abaca s/f a y 1921). Ya en 1940, Bartolomé Aprile le dedicó un nuevo texto, en el que se propuso contrarrestar las versiones escritas por “unitarios de rancia cuna y prosapia, enemigos a muerte de los caudillos gauchos”. La reivindicación del “gran caudillo del norte”, que tomaba como fuente el libro de David Peña, era allí total (Aprile 1940, p. 4). En la historieta tuvo una presencia central. La primera entrega de la serie Pasajes de la Historia Argentina, que comenzó a publicar la revista *El Tony* en 1928, estuvo dedicada a Quiroga, a quien se describía como un hombre temible pero también como un bravo patriota. El autor de la tira, Raúl Roux, se destacaría luego de esos años como uno de los más importantes cultores del género gauchesco en la historieta argentina. Como tema para la segunda entrega, Roux eligió la figura de Rosas, descrito con idéntica ambivalencia.¹² Por entonces, otro historietista de temática gauchesca, Raúl Ramauge, también dedicó tiras a ambos caudillos, publicadas en el diario *Crítica* (Martínez 2005).

LA GUERRA DEL PARAGUAY Y LA POLÍTICA ORIENTAL

En referencia al pasado y al caudillismo, la literatura criollista se interesó también por la política uruguaya y, en menor medida, por la Guerra del Paraguay. Como es bien sabido, ésta generó un enorme malestar entre la población sometida a levas, que a su vez explica en parte el apoyo a las últimas montoneras. El descontento federal se reforzó, además, porque el conflicto se entrecruzó con las alternativas de la política oriental, de íntima conexión con la argentina. El Partido Colorado, con Venancio Flores al frente, acababa de derrocar allí al presidente Berro, del Partido Nacional (los “blancos”), aliados tradicionales de los federales argentinos. Uno de los episodios más resonantes del avance colorado fue el sitio de fines de 1864 sobre la ciudad de Paysandú, bastión blanco, con ayuda de tropas de Argentina y Brasil. En franca inferioridad militar, y con el apoyo de algunos federales argentinos (entre ellos Rafael Hernández, hermano del autor del *Martín Fierro*), Paysandú resistió todo lo que pudo hasta caer destruida por los bombardeos. Uno de los desencadenantes del ingreso de Argentina a la guerra contra el Paraguay, de hecho, fue la intención de ese país de apoyar militarmente a los blancos uruguayos.

Entre los críticos tempranos de la guerra y de las injerencias de Mitre en Uruguay, hubo autores vinculados al género que nos ocupa (José Hernández, de hecho, se destacó por su oposición pública). El entrerriano Francisco Fernández, pionero del teatro

11 *El Diario del Plata*, 15/4/1924 (Archivo Argentores). Caruso fue también uno de los autores del tango *Federación*, grabado por Carlos Gardel en 1927, cuyo pegadizo estribillo decía “¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!”

12 *El Tony*, n.º 1, 26/9/1928, p. 3; n.º 2, 3/10/1928, p. 4-5.

de motivos gauchescos, dedicó su obra *La Triple Alianza* (1864) a realzar el heroísmo de los blancos y a denunciar la indebida injerencia argentina y brasilera en el Uruguay, fustigando a Mitre, al emperador de Brasil y a Flores por ser “los asesinos de Paysandú”. El autor indicó que los personajes principales debían vestir como “gauchos”. No se sabe si este drama llegó a ser representado, pero sí fue publicado poco después (Fernández 1870). Algunos años más tarde, Eduardo Gutiérrez dedicó *Los siete bravos* –reeditado en 1933 bajo el título *Gauchos sin chiripá*– a narrar las desventuras de un grupo de criollos envueltos en la Guerra del Paraguay (Gutiérrez s/f j). En el folletín que dedicó al Chacho Peñaloza, anotó también el disgusto que la guerra suscitaba entre los criollos, que engrosaban por ello las filas montoneras (Gutiérrez s/f d, p. 8). Pero quien más contribuyó a transmitir una memoria sobre los hechos de Paysandú fue Gabino Ezeiza, afroporteño y militante radical, considerado el más grande payador criollo de todos los tiempos. En una payada en tierra oriental en 1884 improvisó los versos de la que sería una de sus canciones más recordadas, *Saludo a Paysandú*, que exaltaba el heroísmo de los “hermanos” que defendieron la ciudad. La canción formó parte durante décadas de los repertorios de los cantores populares y fue grabada por varios artistas, incluyendo Carlos Gardel en 1922, e interpretada en el film *El último payador* (1950).

La evocación de los blancos uruguayos también se hizo presente en historias de matreros para consumo popular, algunas de las cuales narraron sus proezas en la lucha contra los colorados en tierras orientales. Entre ellos pueden mencionarse las historias de los gauchos Horacio Cruz, Prudencio Tranquera (del que hubo al menos cuatro versiones) y Juan Acero (también con cuatro) (Togenar s/f; Del Cerro s/f; Manco 1921; Cientofante 1908; Fontanella 1898; *Vida del valiente...* 1901; Culebra 1885; Manco s/f g; Barrios 1945).

Pero lo más notable, en ámbitos criollistas, fue la fascinación que suscitó Aparicio Saravia, carismático heredero de la larga tradición de caudillos del Partido Nacional. Para los uruguayos de la década de 1890 Aparicio representaba la identidad rural y la continuidad de las viejas tradiciones; lo apodaban “el gaucho”, imagen que él mismo cultivaba con su barba, su habla criolla y su infaltable poncho. Todavía en esa década conducía montoneras de lanceros a caballo como las de antaño. En 1897 promovió un levantamiento armado contra el gobierno y todavía otro en 1904, que terminó en la derrota final y la muerte del caudillo, transformado inmediatamente en una leyenda popular en su país (Chasteen 1995). De este lado del Plata, la figura y la leyenda de Saravia generaron numerosas resonancias. Antes y después de su muerte, algunas de las principales revistas de motivos gauchescos le dedicaron alabanzas. En 1902, *La Tapera*, que localmente solía apoyar a la UCR, le tributó elogios por ser “un criollo simpático y valiente que con sus botas camperas y su chiripá nacional se impone a la gente de clac y de cátedra, dándoles lecciones de acendrado patriotismo”.¹³ Luego de su muerte, *La*

13 ¡Aparicio Saravia, gaucho lindo!, *La Tapera* (Revista semanal de literatura criolla), n.º 13, 16/7/1902, p. 145.

Pampa le dedicó al menos dos elegías y lo comparó con Leandro Alem (Mario 1904; Fígoli 1904). Ángel Villoldo escribió para él un estilo, destacándolo como patriota y “caudillo popular”; su letra también la publicó una revista gauchesca (Villoldo 1907). Los más prolíficos autores de historias de matreros también narraron las gestas y la vida de Saravia para las colecciones de venta popular, que circularon hasta bien entrada la década de 1940 (*Revolución oriental...* 1897; Manco s/f h; Igneson s/f e; *La Revolución oriental...* 1905; *El combate de ‘Tres Árboles’...* s/f; Aprile 1936; Bonelli 1939; Sierra s/f).

LA VISIÓN SOBRE LA HISTORIA NACIONAL

Junto con la exaltación de montoneros y caudillos, la literatura criollista con frecuencia aportó miradas críticas sobre el curso de la historia nacional y sobre el modo en que se la narraba. Frente a quienes invitaban a celebrar el progreso y evocaban el pasado “bárbaro” como prueba de los avances de la “civilización”, el criollismo se plantaba en una mirada nostálgica. En un sentido muy general, la nostalgia por el pasado rural atestiguaba, como mínimo, una cierta reticencia frente a un progreso que, incluso si se juzgaba inevitable, de todos modos suponía pérdidas. Buen ejemplo de ello son los párrafos iniciales del *Pastor Luna* de Gutiérrez, en los que lamenta que la “civilización” esté acorralando al gaucho y acabando con sus nobles costumbres, su generosidad y su lealtad desinteresadas, su libertad, sus saberes tradicionales, su peculiar vestimenta, sus fiestas en las pulperías (Gutiérrez s/f k, pp. 5-7). Que había que recordar el pasado gaucho con “melancolía” era algo que indicaba de manera explícita la publicidad de contratapa de una de las colecciones más importantes de historias de matreros de comienzos de siglo (Abaca s/f b, contratapa).

Pero en algunos casos el criollismo canalizó impugnaciones más frontales respecto del curso de la historia nacional. La “civilización” fue desde muy temprano sometida a crítica y considerada un argumento falaz o un cambio negativo para los criollos. En la que posiblemente sea la primera obra de teatro de temática gauchesca –*Solané*, de Francisco Fernández, escrita en 1872–, los gauchos incluyen protestas contra “los civilizados”, “los titulados hombres cultos, los que gritan civilización y barbarie” pero “son lobos cuando entran al rebaño manso de nuestras praderas”. El héroe central –el gaucho Solané– se proclama “patriota” de los de 1810 y despotrica contra esta “civilización decrepita en la juventud”, regida por la espada y el capital (Fernández 1926, pp. 274, 336-37, 341). Este tipo de impugnaciones se repetiría en el futuro. Una publicación criollista denunció en 1911 a la “civilización” como una “cachetada” contra la tradición nacional.¹⁴ La revista *El Nativo*, por su parte, fustigó en 1928 “eso que la gente de frac y sombrero de copa llaman ‘civilización’”, que no ha traído para los criollos otra cosa que rapiña, atropello e injusticia.¹⁵ En ocasiones, los escritores pusieron diatribas en

¹⁴ *El Fogón Argentino*, n.º 15, 23/4/1911, s/p.

¹⁵ Mangrullo: Argentinos sin patria, *El Nativo*, n.º 3, 13/10/1928, pp. 6-7.

boca de sus propios matreros ficcionales. En una de las versiones conocidas, Paja Brava fustigaba al “progreso” por haber empobrecido al criollo e instalando una sociedad “donde prima la moneda” (Abaca s/f e, pp. 9-10). Años más tarde, un hijo de Martín Fierro, describiendo la vida urbana de las clases acomodadas, declaraba: “Si esto es civilización, / es adelanto o progreso, / ¡Déjenme con mi regreso! / Prefiero juir atrasao / adonde muge el ganao / y allí abandonar mis güesos” (Aprile 1933, p. 128; ver tb. 1940, p. 3). En las obras de teatro de motivos gauchescos, también era común ese tipo de quejas contra la anticriolla civilización, “ese invento que les ha salido tan mal”, como decía un personaje de 1926 (Discepolo 1926, s/p; ver tb. Montiel 1931).

La mayor parte de las quejas se relacionaba con la injusta postergación del criollo y los privilegios que tuvieron, en cambio, los inmigrantes europeos. La animosidad contra los “gringos”, ya bien perceptible en el *Martín Fierro*, es conocida y no volveremos sobre ella en este trabajo. Baste decir que se reencuentra por todas partes en las producciones posteriores, que destacan especialmente el hecho de que los inmigrantes acapararan y alambraran las tierras, empujando al gaucho a la pobreza y quitándole su movilidad (*Milongas provincianas* 1896, pp. 3-14; Fray Mocho 1910, p. 26; Hidalgo 1911, pp. 26-32; Cabrera s/f, p. 4). Ese es el principal foco de crítica al pasado que puede percibirse en la literatura criollista, junto al de las violencias con las que el Estado sometió a los gauchos.

Esta mirada crítica encontró una de sus argumentaciones más comprehensivas en la pluma de Buenaventura Luna, a quien habíamos mencionado ya como gran frecuentador de las historias gauchescas y de montoneras desde sus programas de radio y composiciones folklóricas. Durante los años veinte, Luna había militado intensamente en la UCR “Bloquista” fundada por Federico Cantoni (alias “el gaucho”), quien había hecho toda una carrera política reivindicando a los criollos pobres y cuestionando a los bodegueros “gringos” de San Juan. En 1933, enemistado con Cantoni, intentó fundar un partido propio, al que llamó Unión Regional Intransigente. Para él escribió un extenso manifiesto que denuncia el maltrato que venía sufriendo “el pueblo criollo” –“elemento esencial y básico en la elaboración racial de la nacionalidad”– desde tiempos de la organización nacional. A partir de “la derrota de los caudillos”, la vida política se encapsuló en las ciudades, donde los “doctores” e “intelectuales” gobernaron con total desprecio por aquel “gaucho” que “con su lanza bárbara” hizo posible la misma organización nacional que terminó dejándolo de lado, para favorecer, en cambio, “la invasión económica extranjera del país”. Luna deja claro que no siente ninguna simpatía por los caudillos (menos aún por Rosas), pero carga las tintas contra los “doctores” que, pudiendo haber mirado con más cariño hacia el Interior del país que reclamaba sus luces, se dedicaron, en cambio, a obedecer “las sugerencias que le venían de Europa”. Así, se otorgaron grandes beneficios a la población importada, mientras se mataba lentamente de hambre a “las poblaciones nuestras”, se las despojaba de sus tierras y se las tildaba de ignorantes. El manifiesto convoca a revertir esta situación: hoy es preciso “dignificar al criollo” y la Unión Regional Intransigente surge para “romper una

lanza” en su favor. Por último, el partido se declara puramente “regionalista” y orgulloso de no tener vinculaciones con los partidos nacionales, a los que acusa de haber “desfigurado” el federalismo, haciendo realidad “la vieja aspiración unitaria de que los metropolitanos manejen exclusivamente los destinos de la Patria” (repr. en Semorile 2006, pp. 100-107). Tras participar con poca suerte en las elecciones, Luna se retiró de la política activa y comenzó la carrera de folklorista que poco después lo haría famoso. Como él mismo se ocupó de aclarar, la reivindicación cultural de lo criollo por vía de la evocación de las tradiciones del gaucho pampeano y también de la de las montoneras cuyanas, nudo central de sus audiciones y composiciones, estaba íntimamente relacionada con lo que había sido su proyecto político y su lectura del pasado de 1933. Para Luna, acabar con la condición penosa en la que vivían los criollos del presente requería una revalorización de las tradiciones, menguadas por influjo de los intelectuales capitalinos y la cultura transnacional.

Además de este tipo de críticas, desde fines de los años veinte, al menos dos autores del género, de ideas libertarias, sumaron la denuncia del exterminio de los indígenas, que asociaron con una política de apropiación de las tierras y sometimiento de la población local por parte del Estado y de los estancieros. Como anotaron en 1934 los editores de una denuncia de este tipo, “Muchos analfabetos dicen que los indios fueron unos salvajes. Nosotros creemos que los salvajes son aquellos que vinieron a ‘civilizarlos’” (Acosta García 1934; ver tb. Acosta García 1933). El famoso cantor anarquista Martín Castro llegó a presentar lo que sin exageración puede caracterizarse como una verdadera contrahistoria en su notable *Los gringos del país*, escrito en 1928 y publicado por una editorial especializada en la literatura criollista barata. Se trata de un poema gauchesco narrativo, de noventa y dos páginas, en el que se enfrentan en una payada a contrapunto el personaje central –un gaucho llamado simplemente “Matrero”– con “Juan Estao”. Ambos son identificados como gauchos, pero mientras que el primero es un “payador insurgente” que representa la libertad y el arraigo a la tierra, el segundo es un “payador adatao”, vocero de la ley y de la nación. Si la apropiación de la figura del gaucho como vocero de los ideales rebeldes era algo habitual, el criollismo de Castro movilizaba elementos menos usuales. Para empezar, identificaba al gaucho como encarnación *directa* de los indígenas. En el prólogo, Matrero anuncia su intención de narrar una historia de cuatro siglos y de reivindicar al personaje que las narrativas oficiales asociaban con la barbarie:

Yo soy el hombre aborigen / el indeleble exponente, /
raza paria penitente / con cuatro siglos de cuita, /
y es por mis labios que grita / todo un linaje doliente.

Yo vengo aquí a reconstruir / todo el valor positivo, /
del poblador primitivo / en la tierra de su origen; /
el derecho del aborigen / sobre su suelo nativo.

En las páginas siguientes, Matrero se queja de “la conquista del desierto”, que no fue otra cosa que “el grillete del Estao” para encadenar a esa raza (así fue que el “hom-

bre civilizado" le impuso su "barbarismo ilustrado"). Anuncia que viene a hablar de esa historia, de la raza de Catriel y Namún-Curá, de la derrota de Saihueque, de cómo el alambrado vino a oprimir al "hijo libre del llano". En la Segunda Parte vuelve a contar la historia "del gaucho de la nación", una historia que comienza en la época precolombina con los tehuelches, querandíes, "quichuas", araucanos y calchaquíes. Fueron ellos los que sufrieron el exterminio que trajo la conquista española. De esas violencias sólo se salvaron aquellos indios que se dedicaron a la vida errante en la llanura, multiplicándose allí y dando origen a los gauchos. Ese grupo humano fue luego el protagonista de las luchas por la independencia; roto el yugo hispano, "sintió en sí la libertad / como en la edad aborígen / creyó volver al origen / dueño de su voluntad". Pero la nueva nación no traería para ellos ninguna libertad, sino la continuidad de la opresión y el despojo, a manos de políticos y gobernantes, comenzando por Rosas. Quienes tomaron en sus manos las riendas del país más tarde, en la época de la Conquista del Desierto, "No iban por cultura patria / ni por civilización; / iban por la posesión / del territorio amerindio. / Hoy el matador del indio / es dueño de la región". En lugar de darles educación, empujaron a los indios a la frontera; las familias "bien" se repartieron a los niños aborígenes como criados y a las indias para que fueran sus sirvientas. En el Epílogo, Matrero se aleja pensando "En su época de aborígen / en su libertad de origen / y en su dolor argentino". Deseando volver a la vida anterior, camina a lo lejos por la pampa y se va hundiendo en el barro hasta que desaparece (Castro s/f a, pp. 3-5, 8-31, 33-44, 60, 69-85; ver tb. Adamovsky 2016). La identificación de la figura victimizada del gaucho con una historia argentina narrada como tiempo de opresión, violencia y despojo no podría ser más clara.

CRIOLLISMO Y REVISIONISMO

En el recorrido que llevamos hasta aquí, aparecen varios puntos de contacto entre las miradas sobre el pasado que proyectaba el criollismo y las propias de la corriente del "revisionismo histórico" que animó un conjunto de intelectuales en los años treinta. Ambos postularon la necesidad de revisar la historia. En ambos encontramos una revalorización de los caudillos y de las montoneras federales, asociada a una visión crítica sobre el presente y sobre el curso que tomó el desarrollo nacional. Esa crítica, a su vez, coincidía en apuntar al excesivo peso de lo extranjero en desmedro de lo criollo, reflejo de la imposición de los intereses de ciertas élites por sobre los del resto de la población. Sin embargo, también hay importantes diferencias. Los llamados a la revisión que partieron del campo intelectual se centraron en la figura de Rosas y, en menor medida, en la de Facundo Quiroga. Lo que esos caudillos ejemplificaban era un camino alternativo de construcción de la nación y de defensa de sus intereses, frente al que terminó prevaleciendo, encarnado en el unitarismo y en personajes como Bernardino Rivadavia. Pero justamente esos dos caudillos fueron los que generaron menos unanimidad entre los autores criollistas, que tendieron, en cambio, a centrarse en figuras de otras provincias

o posteriores, que hasta entonces no habían motivado demasiado interés historiográfico, como el Chacho Peñaloza, o que ni siquiera pertenecían del todo al pasado (ni a la Argentina), como Aparicio Saravia. Lo más reivindicable de esos personajes no era que representaran un modelo de autoridad nacional orgánica, antiliberal o antiunitaria, sino más bien su defensa de la plebe criolla frente a un nuevo orden social que se percibía como excluyente. El foco de la reivindicación criollista, de hecho, fue más el montonero / gaucho que el caudillo.

Del mismo modo, la crítica al peso de lo extranjero apuntaba a momentos y fenómenos diferentes: en la literatura gauchesca lo que molestaba era menos el imperalismo inglés (que como vimos sólo apareció mencionado al pasar en Vasconcelos) que la invasión de inmigrantes y el desplazamiento social y cultural de la población nativa. En este sentido, los momentos históricos que señalan la “desviación histórica” respecto del curso esperable para la nación difieren notablemente. Los autores criollistas rara vez identificaron a los primeros unitarios como enemigos. De hecho, varios de ellos escribieron textos elogiosos sobre Rivadavia o José María Paz (Ezeiza 1896, pp. 14-16; Hidalgo 1897, pp. 26-28; Igneson s/f f; Castro s/f b, p. 21). Incluso Sarmiento fue merecedor de alabanzas por su interés en la educación popular (Cientofante s/f a, pp. 9-12 y s/f b, p. 17; Castro s/f a, pp. 17-23). El momento que concentraba las críticas era, en cambio, el del pasado reciente, aquel en el que el Estado había convocado a la inmigración esperando que reemplazara a la población criolla y que marcaba un nuevo predominio porteño asociado a la expansión del capitalismo y al recrudescimiento de la presión sobre el criollo. La figura del gaucho montonero era para ellos atractiva no tanto porque simbolizara una grandeza nacional alternativa, sino por su potencial antioligárquico.

El perfil político de los cultores del criollismo popular confirma la distancia respecto del derechismo de los revisionistas de los años treinta. Varios de ellos fueron simpatizantes de la UCR o incluso militantes activos, como Francisco A. Riu y Gabino Ezeiza. Silverio Manco tuvo simpatías inicialmente socialistas o anarquistas y luego se volcó a la UCR sin dejar de predicar ideas obreristas. Entre los payadores predominaron también los de ideas progresivas, como el socialista Evaristo Barrios, o libertarios, como Martín Castro y Luis Acosta García (Adamovsky, en prensa). La dimensión política de las evocaciones a las montoneras a veces era explícita. En una compilación de sus obras de 1921, por ejemplo, el payador anarquista Edmundo Montagne celebró al “gaucho de antes” como precursor de la democracia, con “su continua montonera” dirigida contra toda opresión; dedicó también un poema de añoranzas por las luchas de un “caudillo” no identificado (Montagne 1921, s/p). Y ya hemos mencionado el pasado militante de Buenaventura Luna y el sentido político de su reivindicación del montonero.

¿Puede considerarse entonces al revisionismo como fuente de las visiones críticas del pasado que hallamos en el criollismo? Como hemos visto, la crítica de la historia tal como se enseñaba en las escuelas está presente en el segundo mucho antes de los años treinta. Entre las fuentes posibles de quienes reivindicaban a los montoneros o a figuras como el Chacho, hay algunas menciones a Juan B. Alberdi, Olegario V. Andra-

de y José Hernández, pero ninguna a historiadores. En cambio, para los caudillos que menos unanimidad suscitaron –Rosas y Quiroga–, se percibe una incidencia directa de los precursores lejanos del revisionismo, Saldías para el primero y David Peña para el segundo. Sin embargo, no he encontrado menciones a los intelectuales revisionistas de los años treinta. No es posible sostener, entonces, que éstos hayan tenido una influencia apreciable; de hecho, la producción historiográfica en su conjunto parece haber tenido sobre el criollismo una influencia más bien marginal.

¿De dónde procede entonces el impulso a revisar la historia entre los cultores del criollismo? A título de hipótesis, podrían sugerirse dos procedencias complementarias. Por un lado, de las propias memorias socialmente conservadas que pudieran haber habido entre los antiguos partidarios de los federales y sus descendientes. Diana Quattrocchi (1995) llamó la atención sobre la importancia que tuvieron los legados familiares en las primeras reivindicaciones de Rosas y Quiroga en el campo intelectual. ¿Podría hacerse esto extensivo a las clases populares? ¿Pudieron haber habido también allí memorias que hicieran presión en pos de una revisión de la historia?

Como mostró Ariel de la Fuente, las huestes analfabetas del federalismo tardío, en zonas como La Rioja, construyeron una visión propia del espacio político nacional, de los clivajes sociales y étnicos que se ponían en juego en el enfrentamiento entre unitarios y federales y de su propio papel en la nación en ciernes. La derrota de los suyos no pudo sino ser interpretada a partir de esa visión y la cultura oral produjo y transmitió, por un amplio espacio interprovincial, historias épicas de figuras como el Chacho Peñaloza, que fueron todavía recogidas en 1921 en la Encuesta Nacional de Folklore. Ya que las narraciones registradas en esa encuesta difieren de las que diseminó la cultura impresa (incluyendo las que hemos analizado aquí), queda claro que no proceden de fuentes letradas sino de la transmisión oral. Si alguna influencia hubo, fue en sentido contrario: como demostró De la Fuente, Gutiérrez se apoyó en relatos orales recogidos *in situ* para componer sus folletines sobre el Chacho (De la Fuente 2011 y 2007, pp. 166-70, 216, 253). Para el espacio de Mendoza y San Juan, Diego Escolar también demostró la persistencia de historias sobre héroes populares, como Martina Chapanay y Santos Guayama (quienes pertenecieron a las huestes de Chacho Peñaloza y de Felipe Varela), reproducidas oralmente, pero también por letrados, y reelaboradas en lo que él llamó un “revisionismo histórico subalterno” (Escolar 2007, pp. 214 y 85-107). Para caso salteño, Andrea Villagrán también observó la capacidad de las clases subalternas locales de producir y preservar visiones propias sobre el pasado, asociadas al culto al gaucho, que se plantaban en disidencia respecto de las “oficiales” (Villagrán 2012).

No hay estudios equivalentes para el espacio rioplatense, pero allí podría haberse dado un proceso equivalente. En las primeras tres décadas del siglo xx, todavía estaban con vida algunos de los que habían participado de las últimas montoneras de los llanos (y por supuesto también de las más recientes del Uruguay) y existen al menos algunos contactos documentados con el mundo del criollismo. Entre quienes trabajaron como actores de dramas gauchescos en el circo de los Podestá –vector crucial

del criollismo, nodo de encuentro entre payadores, escritores populares y futuros dramaturgos—, hubo un montonero del Chacho Peñaloza y también un veterano de las luchas de caudillos orientales, muy afecto a relatar sus hazañas en los entretiempos (Siri 1937; Podestá 1930, pp. 47-48). Gabino Ezeiza estaba casado con una bisnieta del Chacho Peñaloza, con quien se conoció en un pueblo de la provincia de Buenos Aires (Di Santo 2016, p. 387). Por su parte, Buenaventura Luna conocía desde pequeño a un peón criollo “del tiempo ‘e la montonera”, con quien también militó en el bloquismo (Semorile 2008, p. 130). No es imposible que, a partir de esas memorias, pudieran transmitirse visiones críticas respecto de la historia nacional, capaces de combinarse con las nostalgias y admiraciones por la figura del gaucho alzado que circulaban en la literatura de consumo popular.

Que las memorias transmitidas entre las clases populares pudieron contener visiones críticas respecto de la historia nacional lo sugiere una copla anónima de origen desconocido cuyos versos decían:

Así se escribe la historia
de nuestra tierra, paisanos.
En los libros, con borrones,
y con cruces en los llanos.

Tanto Atahualpa Yupanqui como Buenaventura Luna aseguraron haberla escuchado. Luna sostuvo que procedía de Tucumán, sin precisar cuándo supo de ella (Luna 1945). Yupanqui dio dos versiones diferentes: en una dijo haberla aprendido a más tardar en 1925 en la provincia de Buenos Aires, de un payador de apellido García, que “hablaba de las revueltas, de las montoneras del siglo pasado, de antes de Rosas y después de Caseros”; en otra, sostuvo que la escuchó por vez primera a comienzos de la década siguiente, de boca de Telémaco Morales, cantor uruguayo de visita en Buenos Aires, quien solía “historiar las luchas orientales”, incluyendo las de Saravia (Yupanqui 1984, pp. 31-32; Yupanqui 1965, pp. 122-123). Además de ellos, un investigador la escuchó en la década de 1960 de boca de un anciano criollo que vivía en Huaja, el paraje riojano del que era originario el Chacho Peñaloza, a propósito de la leyenda del propio caudillo.¹⁶ Cualquiera haya sido su origen, la imagen de los borrones en los libros transmite claramente el sentido de una “historia falsificada”, para ponerlo en los términos de los revisionistas de los años treinta, relacionada con una memoria sobre las gestas federales.

Complementariamente, el impulso a la revisión de la historia pudo venir también de la mera disposición antioligárquica del criollismo, que a su vez emergía de la peculiar experiencia de las clases populares del cambio de siglo. Habiéndose visto excluidos de la vida política y desplazados por los inmigrantes, algunos criollos bien pudieron producir, como parte de su antagonismo respecto de las élites gobernantes, la impugnación de la narrativa sobre el pasado que ellas sostenían. Para ello no había necesidad de una memoria propia y empíricamente transmitida: bastaba con recuperar informa-

16 Comunicación personal con León Pomer, abril de 2016.

ción sobre el pasado que estaba disponible o sencillamente invertir la valoración sobre caudillos y eventos. Pero ni siquiera hacía falta que los agentes fueran criollos descontentos. Como sostuvo Horacio Legrás, el atractivo del criollismo en aquellos tiempos radicaba en su capacidad “articulatoria”. En efecto, ese discurso no fue tanto (o sólo) una expresión de sujetos sociales preexistentes como una práctica cultural novedosa que permitió producir un “pueblo” (entendido como sujeto político opuesto a la élite) a partir de la asimilación de un conjunto heterogéneo. En un contexto de triunfo de las clases altas que implicó la exclusión política de las clases populares y la imposición de una cultura, una estética y valores liberales y europeizantes, la identificación con el gaucho matrero tenía una dimensión antagónica evidente. Lo mismo vale, por supuesto, para el recuerdo de las montoneras federales y el modo insistente en que se las conectaba discursivamente con las “guerras gauchas” por la independencia. Al representarse como pueblo (auténtico) a partir de esas características y esas memorias, la multitud así articulada se afirmaba precisamente en el legado de “barbarie” criolla que las élites venían intentando extirpar. Esta estrategia *representacional* tenía sentido no tanto por su capacidad de expresar pervivencias reales de la sociedad anterior a la gran inmigración (que, como vimos, también las había) como por su valor a la hora de recortar un mundo popular en oposición a los proyectos políticoculturales de la élite. En ese sentido, que las personas que participaran en ella tuvieran o no un vínculo directo, “real”, con el pasado criollo, era lo de menos (Legras 2010).

CONCLUSIONES

En síntesis, este trabajo ha mostrado que intelectuales de provincia vinculados al federalismo tardío –como Hernández– o al menos detractores del gobierno de Mitre –como Fernández– tuvieron un papel central en el surgimiento de la literatura criollista (que a su vez retomaba elementos de la poesía gauchesca, de intenso contacto con el partido federal). Ambos escritores combinaron la denuncia de las postergaciones que sufrían los gauchos con visiones críticas sobre el curso que había tomado la política nacional, incluyendo una reivindicación del Chacho Peñaloza en el caso del primero, invectivas contra la “civilización” en el caso del segundo y el repudio de la Guerra del Paraguay en ambos.

En segundo lugar, hemos comprobado que autores del fenómeno criollista de una etapa posterior continuaron combinando la glorificación del gaucho matrero con visiones críticas sobre el pasado nacional que incluyeron la reivindicación de algunos caudillos, la crítica por el desplazamiento de los criollos a manos de los extranjeros y por la Guerra del Paraguay y, en unos pocos casos y más tardíamente, la formulación de contrahistorias que denunciaban el exterminio indígena. Más aún, como parte de esas visiones, produjeron la asimilación de la figura del gaucho y la del montonero de los llanos (o incluso la de los propios caudillos). Aunque la mayoría de estos autores no tenía contacto directo con el pasado federal o siquiera con el mundo rural criollo,

sus obras se conectaban con memorias y con sentimientos de postergación que efectivamente estaban presentes en las clases populares del cambio de siglo. En cualquier caso, la situación de exclusión social y política que compartían los criollos y los recién llegados invitaba tanto a la identificación con el gaucho rebelde como a la impugnación de las narrativas optimistas de la historia nacional en las que las élites locales buscaban fundar su propia legitimidad. En ese marco, durante las primeras décadas del siglo xx, las memorias disidentes respecto del pasado se reprodujeron en un nuevo contexto, transmitiéndose a un público variado, criollo y de origen inmigratorio, con y sin recuerdos *proprios* del pasado reciente.

En tercer lugar, hemos mostrado que el revisionismo histórico de los años treinta, de orientación derechista y centrado en la figura de Rosas, no tuvo una influencia apreciable en el criollismo. Por el contrario, las visiones disidentes sobre el pasado que éste habilitaba transitaban por carriles propios y tenían una historia previa y fuentes alternativas. Toda esta evidencia acaso invite a futuras reevaluaciones respecto de las fuentes intelectuales del revisionismo histórico y de la frecuente afirmación según la cual las miradas críticas sobre la “historia oficial” se habrían diseminado entre las clases populares exclusivamente a partir de esfuerzos previos del campo intelectual.

En 1974, sin dudas turbado por el regreso del peronismo al poder y por la vena revisionista que acompañó la época (ejemplificada en el hecho de que la principal organización guerrillera hubiese elegido llamarse “Montoneros”), Jorge Luis Borges percibió con claridad que había una conexión secreta entre ese presente y la literatura criollista de antaño. Desde hacía unos pocos años, Borges venía insistiendo con la idea de que había sido una calamidad para la Argentina que el *Martín Fierro* hubiese resultado elegido el gran libro nacional, en lugar del *Facundo*, en su opinión, mucho más propicio para un país que quisiera ser civilizado. Como si Leopoldo Lugones, al proponer a ese gaucho matrero como arquetipo de la nación, hubiese hecho lugar inadvertidamente a la barbarie que Sarmiento había conjurado, desencadenando consecuencias políticas constatables décadas más tarde. En su juventud, el poema de Hernández y el imaginario gauchesco le habían resultado más que atractivos. Pero la irrupción del peronismo había modificado su visión (acaso por la insistencia con la que aquel utilizó el criollismo como parte de la propaganda oficial): para Borges estaba claro que, de haber vivido en 1945, el gaucho Martín Fierro se habría transformado en uno de esos siniestros peronistas. Por eso, evocando en 1974 la fascinación que él mismo había manifestado en su obra temprana por el coraje y por la figura de los cuchilleros criollos, lamentó haber contribuido “sin saberlo y sin sospecharlo a esa exaltación de la barbarie que culminó en el culto del gaucho, de Artigas y de Rosas” (en Gamarro 2015, pp. 53, 69, 77-78, 229, 283, 285).

La anécdota viene a cuento de lo que pudo haber significado el criollismo como fenómeno cultural. En otros trabajos, he sostenido que, más que fruto de ansiedades pasajeras propias de un momento de rápida “modernización”, como argumentó Adolfo Prieto, el criollismo debe analizarse como un episodio central del proceso de

etnogénesis, es decir, de la conflictiva definición de un sentido de distintividad grupal a partir de la heterogénea población que ocupó el territorio nacional (o dicho en términos más sencillos, de un “nosotros” argentino). Muchos de reciente arribo, de lenguas, religiones y culturas disímiles, de procedencias étnicas y fenotipos variados, de condición social modesta, intermedia o encumbrada, quienes se hallaron viviendo juntos en este país en el cambio de siglo, se vieron involucrados en la forja de un “nosotros” que pudiera dar cuenta de los profundos cambios demográficos y políticos de esos años. De ese proceso participaron, como productores de visiones acerca del “nosotros” nacional, tanto personas del campo político o intelectual como habitantes del común. En mis trabajos anteriores, argumenté que el criollismo fue uno de los canales a través de los cuales se tematizaron las tensiones étnicas de la época, dando lugar a visiones que, en ocasiones, podían minar sutilmente la solidez de los discursos “blanqueadores” que patrocinaban las élites intelectuales y el sistema escolar. En efecto, la reivindicación del gaucho matrero que enfrentaba a la autoridad con frecuencia iba asociada a descripciones que lo presentaban como un mestizo de piel morena. Y ya que se postulaba al gaucho como emblema del pueblo auténtico, su centralidad desafiaba a aquellos discursos que, en esos años, optaban por definir el “nosotros” argentino como esencialmente blanco y europeo (Adamovsky 2014).

Los hallazgos aquí presentados sugieren que las visiones críticas sobre la historia que canalizó el criollismo pueden analizarse en esa misma clave. Porque también los modos de imaginar la trayectoria histórica de ese “nosotros” contribuían a darle solidez y, al mismo tiempo, a disputar sentido con narrativas rivales –como la sarmientina– que apuntaban a delinearlos de otros modos. La circulación de versiones disidentes sobre el pasado entre el público de clases populares, la rehabilitación de los montoneros y de algunos caudillos, la reivindicación de la raíz indígena, las impugnaciones a la actuación de las clases dirigentes en la historia nacional, atestiguan la presencia de visiones conflictivas sobre ese “nosotros” en formación, que emanaban no sólo del campo intelectual sino también de los habitantes del común. Como llegó a atestiguar Borges, los años por venir darían muchas otras muestras del carácter conflictivo del proceso de etnogénesis argentino.¹⁷

BIBLIOGRAFÍA

- ABACA, Hilarión, 1921. *Facundo Quiroga*. Rosario: Longo y Argento.
 — s/f (a). *El Tigre de los llanos*. Rosario: Alfonso Longo.
 — s/f (b). *Juan Manuel de Rosas*. Rosario: Alfonso Longo.
 — s/f. (c). *La Mazorca*, 2da. ed. Rosario: Alfonso Longo.

17 La corriente etnosimbolista en el estudio del surgimiento de las naciones y del nacionalismo ha llamado la atención sobre la relación entre los procesos de etnogénesis y las narrativas históricas; véase Smith 2009, p. 49. Algunas reflexiones para el caso argentino pueden hallarse en Quattrocchi Woisson 1995 y en Goebel 2013.

- s/f. (d). *El puñal del tirano*, 2da. ed. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (e). *Paja Brava*, 3ra. ed. Rosario: Alfonso Longo.
- ACOSTA GARCÍA, Luis, 1933. El Indio. En L. ACOSTA GARCÍA, M. CASTRO, J. M. POMBO, A. CEPEDA. *El cantar de los troveros*. Buenos Aires: Alfredo Angulo. pp. 35-36.
- 1934. El Indio. *Criolla*, n.º 3, 6 de diciembre, p. 41.
- ACREE, William, 2013. *La lectura cotidiana: cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*. Buenos Aires: Prometeo.
- ADAMOVSKY, Ezequiel, 2014. La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del *ethnos* argentino (desde las primeras novelas gauchescas hasta c. 1940). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, n.º 41, pp. 50-92.
- 2016. Criollismo, política y etnicidad en la obra de Martín Castro, cantor anarquista (c. 1920-1950). *Quinto Sol*, vol. 20, n.º 3, pp. 1-26.
- El criollismo popular en Argentina ¿Hasta cuándo? Personajes, autores y editores de un fenómeno de literatura masiva. *Cuadernos de Literatura* (Bogotá), en prensa.
- ALONSO Y TRELLES, José, 1926. La Montonera. En ídem. *Paja Brava*, 4ta. ed. Montevideo y Buenos Aires: Agencia General de Librería. pp. 80-82.
- APRILE, Bartolomé, s/f. (a). *El Chacho*. Buenos Aires: Publicidad Ateneo.
- 1933. *El hijo de Martín Fierro*. Buenos Aires: Peuser.
- 1935. *El alma de la montonera*. Buenos Aires: Alfredo Angulo.
- 1936. *Aparicio Saravia*. Buenos Aires: Colecciones Gauchas.
- 1940. *El Tigre de los Llanos*. Buenos Aires: Colecciones Gauchas.
- y Apolinario SIERRA, s/f. 1a. *Serie de relaciones, zambas, estilos, gatos, vidalitas, cuecas, chacareras, etc. etc.* Buenos Aires: Alfredo Angulo.
- BARRIOS, Evaristo, 1945. *Juan Acero*. Buenos Aires: Publicidad Ateneo.
- BONELLI, Ángel, 1939. *Aparicio Saravia*. Buenos Aires: Colección Gaucha.
- BRANCATTI, F., 1949. *El Chacho*. Buenos Aires: Buchieri.
- BUCHBINDER, Pablo, 2005. Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica. En Noemi GOLDMAN y Ricardo SALVATORE (comps.). *Caudillismos rioplatenses*. Buenos Aires: Eudeba. pp. 32-39.
- CABRERA, Florencio (h.), s/f (c. 1925). *Canciones populares por el celebrado payador nacional*. Buenos Aires.
- CARUSO, Juan A., 1924. El Tigre de los Llanos. *Bambalinas*, n.º 319, pp. 1-36.
- CASAS, Matías E., 2015. Entre la "anarquía" y la "unidad nacional". Los gauchos y los caudillos en los textos escolares argentinos (1930-1955). *Revista de Educación y Desarrollo*, n.º 35, pp. 5-12.
- CASTRO, Martín., s/f. (a). *Los gringos del país*. Buenos Aires: Colecciones gauchas / Angulo.
- s/f (b). *Chispazos del fogón*. Buenos Aires: Colecciones gauchas.
- CHASTEEN, John, 1995. *Heroes on Horseback: A Life and Times of the Last Gaucho Caudillos*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- CIENTOFANTE, Manuel, s/f. (a). *Nueva colección de versos y décimas variadas*. Buenos Aires: Biblioteca Criolla.
- s/f. (b) (c. 1902). *Últimas producciones del cantor argentino*. Buenos Aires: Biblioteca Criolla.
- 1908. *Tranquera*. Buenos Aires: Francisco Matera / Biblioteca Campera.
- Compendio de la vida de Don Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: Biblioteca Criolla, 1906.
- CULEBRA, Anastasio, 1885. *El gaucho Juan Acero, rival de Martín Fierro*. Montevideo: Juan B. Vaillant.
- DEL CERRO, Pastor, s/f. *El gaucho Tranquera*. Rosario: Longo y Argento.
- DE LA FUENTE, Ariel, 2007. *Los hijos de Facundo*. Buenos Aires: Prometeo.
- 2011. Tradiciones orales y literatura en el siglo XIX argentino: Los casos del Facundo y el criollismo. *Cadernos de Seminarios de Pesquisa. Universidade de Sao Paulo. Humanitas*, n.º 2, pp. 8-43.
- DI SANTO, Víctor, 2016. *Gabino Ezeiza, precursor del arte payadoril rioplatense*. Buenos Aires: Distribuidora Quevedo.
- DISCEPOLO, Armando, 1926. Patria Nueva. *La Escena*, n.º 415 (10 de junio).

- El combate de 'Tres Árboles', con las décimas de la Revolución oriental.* Rosario: Longo y Argento, s/f.
- ESCOLAR, Diego, 2007. *Los dones étnicos de la Nación: identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina.* Buenos Aires: Prometeo.
- EZEIZA, Gabino, s/f. *Nuevas canciones inéditas*, 2da. ed. Buenos Aires: Tommasi / Biblioteca Gauchesca.
- 1896. *Canciones del payador argentino Gabino Ezeiza, nueva y última colección*, 2da. parte. Buenos Aires: Luis Maucci.
- FERNÁNDEZ, Francisco F., 1870. *La Triple Alianza*. Paraná: Obrero Nacional.
- 1926. *Solané*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- FÍGOLI, Sócrates, 1904. Aparicio Saravia. *La Pampa*, n.º 42 (5 Oct.), s/p.
- FONTANELLA, Agustín, 1898. *Tranquera*. Buenos Aires: Tommasi.
- FRAY MOCHO (José S. Álvarez), 1910. *Tierra de matreros*. La Plata: Joaquín Sesé.
- GALLARDO VALDÉZ, Mercedes y Elba PELUSO DE GROSSI, eds., 1962. *Buenaventura Luna: Mensaje de tierra adentro*. San Juan.
- GAMERRO, Carlos, 2015. *Facundo o Martín Fierro: Los libros que inventaron la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- GANCEDO, Alejandro (h.), 1907. *Juan Facundo Quiroga*. Buenos Aires: Imprenta de Faustino.
- GAUCHITO, s/f. *Facundo Quiroga (el Tigre de los Llanos)*. Rosario: Longo y Argento.
- GOCIOL, Judith y Diego ROSEMBERG, 2000. *La historieta argentina: una historia*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- GOEBEL, Michael, 2013. *La Argentina partida: nacionalismos y políticas de la historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- GONZÁLEZ PULIDO, J. Andrés, s/f. De pura raza. *Chispazos de Tradición*, vol. 9, s/p.
- GOYCOEHEA MENÉNDEZ, 1911. Montonera. *El Fogón*, n.º 2 (4 Nov.), s/p.
- GUTIÉRREZ, Eduardo, s/f. (a). *El Chacho*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (b). *Los Montoneros*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (c). *El rastreador*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (d). *La muerte de un héroe*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (e). *Historia de Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (f). *La Mazorca*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (g). *Una tragedia de doce años*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (h). *El puñal del tirano*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (i). *Juan Cuello*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (j). *Los siete bravos*. Buenos Aires: Tommasi.
- s/f. (k). *Pastor Luna*. Buenos Aires: Tommasi.
- 1960. *El Chacho*. Buenos Aires: Hachette.
- HERNÁNDEZ, José, 1875. *Vida del Chacho*. Buenos Aires: Ángel Da Ponte.
- HIDALGO, Félix, s/f. (a). *El Tigre de los Llanos Facundo Quiroga*. Buenos Aires: José Bosch.
- 1897. *Décimas variadas para los guardias nacionales*. Buenos Aires: Biblioteca gauchesca.
- HIDALGO, Santiago, 1911. *Alma gaucha*. Buenos Aires: Andrés Pérez.
- IGNESON, Eladio Jasme, s/f. (a). *Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos*. Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (b). *Fusilamiento de D. Manuel Dorrego*. Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (c). *La mazorca inquisitorial y feroz banda de asesinos de que se valía el repugnante tirano Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (d). *Inicuo proceso de los Hermanos Reynafé*. Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (e). *La revolución actual de Montevideo de 1904*. Buenos Aires y Montevideo.
- s/f. (f). *Biografía histórica de D. Bernardino Rivadavia*. Buenos Aires y Montevideo.
- 1893. *Una tragedia de 12 años*. Buenos Aires: Angel Bietti.
- 1897. *El Chacho en versos gauchescos*. Buenos Aires: Bibl. Gauchesca.
- 1900. *El rastreador*. Buenos Aires: Bibl. Gauchesca.
- 1894. *Muerte de un héroe*. Buenos Aires: Imprenta de las Provincias.

- La Revolución oriental: detalles completos de las principales batallas*, s/l, 1905.
- LEGRÁS, Horacio, 2010. Hacia una historia del populismo. En *Políticas del sentimiento*, ed. por C. SORIA, P. CORTÉS ROCCA y E. DIELEKE. Buenos Aires: Prometeo. pp. 163-180.
- LUNA, Buenaventura, 1937. Estampas de 'Santa'i Tierra. *Sintonía*, n.º 240 (25 Nov.), s/p.
- 1945. Nos hace falta todavía una buena novela de costumbres. *Crítica*, 23 de Julio, p. 10.
- MANCO, Silverio, s/f. (a). *El Mataco y El Chacho*. s/l.
- s/f. (b). *El Tigre del Desierto y Los Montoneros*. s/l.
- 1924. *El Chacho*. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (c). *Los Montoneros*. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (d). *El rastreador*. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (e). *La muerte de un héroe*, 2da. ed. Rosario: Alfonso Longo.
- s/f. (f). *Décimas patrióticas*. Buenos Aires: Biblioteca Gauchesca.
- s/f. (g). *Juan Acero*. s/l.
- s/f. (h). *Homenaje al malogrado general Aparicio Saravia*, s/l
- 1921. *El gaucho tranquera*. Rosario: Longo y Argentó.
- MARIO, 1904. Aparicio Saravia. *La Pampa*, n.º 41 (28 Sept.), s/p.
- MARTÍNEZ, Carlos, 2005. Presencia de la historia nacional en la historieta argentina. *Tebeosfera*, n.º 19 (dic.), s/p.
- MARTÍNEZ PAYVA, Claudio, 1932. La pulpería de la mazorca. *La Escena*, n.º 745 (6 Oct.), s/p.
- 1942. *Lluvia en los cardos*. Buenos Aires: A-Z.
- Milongas provincianas; verdades de Pedro Grullo; Décimas variadas*. Buenos Aires: La Popular, 1896.
- MIRÁS, Juan, 1928. El poncho rojo: episodios históricos de la época de los montoneros. *Bambalinas*, n.º 535 (14 Julio), s/p.
- MOLINA MASSEY, Carlos 1924. *A punta de lanza, poema gaucho*. Buenos Aires: Idea Latina.
- MONROY, F. C., 1888. *El gaucho de las fronteras*. Buenos Aires y Montevideo: Santiago Rolleri.
- MONTAGNE, Edmundo, 1921. *La guitarra del pueblo*. Buenos Aires: Serantes.
- MONTIEL, Venancio, 1931. La bandada rubia. *Bambalinas*, n.º 680 (20 Junio), s/p.
- PELAY, Ivo, 1920. Facundo. *Bambalinas*, n.º 112 (29 Mayo), s/p.
- PEÑA, David, 1918. Facundo. *Bambalinas*, n.º 38 (21 Dic.), s/p.
- 1953. *Juan Facundo Quiroga*. Buenos Aires: Americana.
- PÉREZ CUBERES, Andrés, 1943. *El pericón nacional*. Buenos Aires: A. P. Cuberes.
- PODESTÁ, José, 1930. *Medio siglo de farándula (memorias)*. Río de la Plata.
- PRIETO, Adolfo, 2006. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- QUATTROCCHI WOISSON, Diana, 1995. *Los males de la memoria: historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- REA, Lauren, 2013. *Argentine Serialised Radio Drama in the Infamous Decade, 1930–1943: Transmitting Nationhood*. Farnham: Ashgate.
- Revolución Oriental: entrada de los blancos en Montevideo*. Buenos Aires: Andrés Pérez, 1897.
- ROBERTO, Germán, s/f. *Hechos sangrientos de la tiranía de Juan Manuel de Rosas*. Rosario: Longo y Argentó.
- RODRÍGUEZ, Yamandú, 1954. Montoneros. En Evaristo Barrios, *Milongas gauchas*. Buenos Aires: Los Ases de la Canción. s/p.
- ROLDÁN COBOS, 1944. *Romance del gaucho Sombra*. Buenos Aires: Buchieri.
- ROLLERI, Santiago, 1896. *Dramas del terror: historia de Juan Manuel de Rosas el gran tirano de la república argentina*, 2da. ed. Buenos Aires y Montevideo: S. Rolleri.
- ROVIRA, Milka, ed., 2006. *Poesías, relatos y escritos inéditos de Eusebio Dojorti - Buenaventura Luna*. Unquillo: Narvaja.
- SALDÍAS, José A., 1919. La montonera. *La Escena*, n.º 66 (2 Oct.), s/p.
- 1935. Romance federal. *Argentores* (21 Febrero), pp. 1-32.

- SALVATIERRA, E. T., 1912. El gaucho, *El Fogón Pampeano*, n.º 6 (15 Enero), pp. 19-20. Rosario.
- SARMIENTO, Domingo F., 1982. *Facundo*. Buenos Aires: Hyspamerica.
- SEMORELE, Carlos, ed., 2008. *El canto perdido y los Manseros del Tulum: Buenaventura Luna y el canto de las tradiciones populares argentinas*. Buenos Aires: De la Tropilla.
- 2006. *Olga y Eusebio: Papeles resguardados al rescoldo del amor*. Buenos Aires: De la Tropilla.
- SIERRA, Apolinario, s/f (c. 1944). *Aparicio Saravia*. Buenos Aires: Publicidad Ateneo.
- 1948. *Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: Publicidad Ateneo.
- SIRI, Eros Nicola, 1937. El cabo Santillán, reliquia viviente del viejo ejército y del teatro nacional. *Sintonía*, n.º 229 (9 Sept.), s/p.
- SMITH, Anthony D., 2009. *Ethno-symbolism and nationalism: a cultural approach*. New York: Routledge.
- SOLER CAÑAS, Luis, 1967. Primeras imágenes de Don Juan Manuel de Rosas en la poesía del siglo xx. *Jauja*, n.º 2 (Febr.), pp. 9-17.
- TOGENAR, Talvi, s/f. *El gaucho Horacio Cruz, el buen paisano oriental*. Rosario: Longo y Argento.
- VACAREZZA, Alberto, 1928. El cabo Rivero. *La Escena*, n.º 514 (3 Mayo), s/p.
- VASCONCELOS, Aureliano, 1911. Último tiro de lazo. Buenos Aires.
- 1913. Último pial de Cuchara. Buenos Aires: Molinari.
- 1921. *El lonjazo*. Buenos Aires.
- VEGA, Carlos, 1981. *Apuntes para la historia del movimiento tradicionalista argentino*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Musicología "Carlos Vega".
- Vida del valiente gaucho oriental Juan Acero*. Buenos Aires: Bibl. Criolla/Salvador Matera, 1901.
- Vida y fusilamiento del desgraciado Agapito*. Buenos Aires: Salvador Matera, 1901.
- VILLAGRÁN, Andrea Jimena, 2012. *Un héroe múltiple: Güemes y la apropiación social del pasado en Salta*. Salta: Universidad Nacional de Salta.
- VILLOLDO, Angel G., 1907. Homenaje a Saravia. *La Pampa Argentina*, n.º 23 (8 Sept.), p. 7.
- YUPANQUI, Atahualpa, 1984. *Confesiones de un payador*. Buenos Aires: Galerna.
- 1965. *El canto del Viento*. Buenos Aires: Honegger.
- ZABALÍA, Félix Alberto de, 1936. Juan Manuel de Rosas (ensayo federal). *Argentores*, n.º 104 (28 de mayo), pp. 1-48.